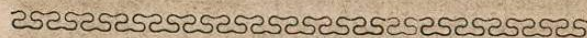


riquezas del mundo, no consentiría jamás en que ninguno de sus hijos viniese á parar en manos de paganos. Habiendo llegado el día de su martirio, Miguel tomó por el brazo á su hija mayor, llamada Clara, y en la otra mano llevaba una luz como símbolo de su fé. Ursula tomó del mismo modo á su hija menor, llamada Magdalena, llevando igualmente otra luz : Juan iba delante con otra vela encendida. Así que llegaron al lugar del suplicio, Ursula pidió que le permitieran ser la última que muriese, diciendo : — Quiero ver salvada á toda mi familia antes de morir. — Y así fué como consumaron todos su glorioso sacrificio.

34. El primer decapitado fué Miguel, que tenia treinta y siete años. El verdugo le hizo caer la cabeza de un solo golpe, mas no habiendo hecho mas que una pequeña herida á su hija Clara, que solo tenia siete años, tuvo que redoblar los golpes para acabarla. En seguida se levantó Juan, y rogó á su madre que la acomodase los cabellos que tenia demasiado largos, para que el verdugo pudiese sin estorbo cortarle la cabeza. La buena madre lo besó tiernamente, le hizo un nudo de los cabellos sobre la cabeza, y el muchacho se volvió á donde lo aguardaba el verdugo ; pero deteniéndose y mirándolo con atencion le dijo con singular intrepidez, reparando que era jóven : — Me parece que tienes miedo de herir, y que nunca has cortado cabeza alguna. Mira lo que haces y veamos como cumplies con tu deber. — Dicho lo cual se arrodilló, cruzó sus manos, y llamando en su auxilio á Jesus y á María, recibió con heroica fortaleza el golpe que puso fin á su vida. Finalmente habiendo presenciado Ursula la muerte de todos los suyos, dijo, bañada de lágrimas y estrechando en sus brazos á la niña de

pechos que le quedaba : — Bendito seas, ó Dios y Señor mio, por haberme juzgado digna de este sacrificio. Hacedme ahora la gracia de que tenga yo tambien parte en la corona que han alcanzado mi esposo y mis tiernos hijos. No me queda mas que esta inocente criatura : os la ofrezco, Señor, dignaos recibirla conmigo que me consagro toda á vos. — Y volviendo á estrechar en su corazon á la tierna niña, recibió el golpe que acabó con la vida de entrambas.



CAPITULO TERCERO.

CONTENIDO.

1. Glorioso martirio de cinco religiosos quemados vivos. — 2. Muerte de Leon, uno de los embajadores mandados al papa, y de tres hijos suyos. —
3. Martirio de dos heroicos cristianos Cayo y Jacobo, con la conversion del primero. — 4. Muerte en el fuego de Organtino y Lucia su esposa. — 5. Constancia de Mónica. — 6. Muchos caballeros martirizados en el fuego. —
7. Martirio de Susana y de su esposo. — 8. Fortaleza de Mónica que tomó en sus manos unos carbones encendidos. Conversion de su esposo, que habia prevaricado. Combate de Juan y Pablo por la muerte. — 9. Muerte de Juan y Mónica con otros cristianos quemados. — 10. Se inventan nuevos tormentos. Dos pages de Rucondono son atormentados. — 11. Tormento de ochenta cristianos con otros estragos contra los cristianos. — 12. Dos caballeros puestos sobre losas candentes. — 13. Los mártires superan todo el rigor de los tormentos con su fé. — 14. Un cristiano atormentado con sus hijas. — 15. Fortaleza de un niño llamado Pedro y de un viejo de setenta y dos años. — 16. Martirio de Pablo y de tres hijos suyos. — 17. Tormento y muerte que sufren algunos cristianos en el monte Ugen. — 18. Martirio de una heroína llamada Magdalena. Prevaricacion y nueva conversion de otra del mismo nombre. — 19. Pablo, Joaquin y Juan martirizados con agua hirviente en el monte Ugen, con otros cristianos. — 20. Tormento y muerte de Leonardo, esposo de Magdalena ya mencionada. — 21. Marido

generoso. Sentencia contra todos los cristianos. Fortaleza de un anciano, de su esposa, hijos y criados. — 22. Martirio de otro escuadron de cristianos, entre los cuales hubo una niña de trece años que quiso morir al lado de su padre. — 23. Martirio de otro escuadron de cristianos, de quienes hacia cabeza Pablo cuya esposa quiso morir con él. — 24. Generosidad de dos caballeros Ignacio y Antonio. — 25. Constancia de Isabel — 26. Fortaleza de un jóven llamado Simon, que murió con el tormento del agua hirviendo. — 27. Crece la persecucion. El P. Iscida misionero, es quemado vivo. — 28. Muerte de Jacobo y de su madre. — 29. Constancia de Agata, muger de Jacobo, que preséncia del martirio de sus tres hijos. — 30. Muerte de Jacobo abuelo de los tres anteriores. — 31. Trescientos cristianos atormentados. Niña de trece años hárbaramente atormentada. Estrago de niños á preséncia de sus padres. — Constancia de Tomás. Desesperada muerte del tirano Bucondono en las aguas del mismo monte Ungen. — 32. Discurso y escrito de un misionero que conmueve al emperador. — 33. Destrucción completa de la mision despues de ochenta y cuatro años de duracion, estinguida en tiempo del emperador Toxogunsama, que dió orden de pisar los crucifijos. Hecho admirable de un religioso que obtuvo el martirio por un acto de mansedumbre.



1. A los 25 de agosto de 1624, fueron condenados á las llamas cinco religiosos, el P. Vazquez, domínico, el P. Luis, franciscano, el P. Sasandra, tambien franciscano, el P. Caravaglia, jesuita, y el P. Luis, japones franciscano. Fueron atados al palo con ligeras ataduras, para que desatados fácilmente pudiesen huir y demostrarse apóstatas, ó para ofrecer diversion al pueblo continuando en el fuego libres como podian quedar. El primero que fué quemado fué el P. Luis, japones, el cual viéndose libre, traspasó las llamas para echarse á los pies de los otros sacerdotes y besarles las manos, y en seguida volvió á su patíbulo en donde espiró á poco. El segundo fué el P. Caravaglia, y el tercero el P. Sasandra, quien, habiéndose quemado sus ataduras, queria ir á encontrar á sus compañeros, pero te-

niendo ya los pies abrasados no pudo andar, y se contentó con saludarlos, y en seguida murió. Los dos restantes estuvieron sufriendo por espacio de tres horas á causa de que el fuego era ya muy lento para quemarlos como á los demas.

2. Hubo entonces un héroe cristiano llamado Leon Misaqui, que habia sido otro de los cuatro embajadores japoneses, mandados á Roma á prestar obediencia al papa Gregorio XIII en 1585. Leon en la primera persecucion vaciló en la fé, ó á lo menos dió sospechas de ello; pero arrepentido, llamó á su hijo mayor, y le dijo que para purgar su pecado queria morir por Jesucristo. El hijo sintiéndose poco fuerte se retiró á otro pais, y Leon llamó á sus otros tres hijos Andres, Tomás y Juan, y les preguntó cual fuese la intencion de cada uno. Todos tres respondieron que estaban resueltos á morir por la fé. Los oficiales del Tono, temiendo á Leon, prendieron á Juan, el menor de sus hijos. Leon se presentó al punto al juez, y le dijo, que si hasta entonces habia ocultado el ser cristiano, que al presente se hallaba resuelto á reparar tan grave culpa de infidelidad con la muerte. El juez habló á Andres para hacerlo prevaricar y al principio logró que vacilase un tanto, mas arrepentido luego de su yerro, fué á constituirse en prision con su padre y hermanos. Los tres hermanos fueron crudamente atormentados para que prevaricasen, hasta que resistiendo con cristiana fortaleza, fueron condenados á muerte con su padre. Así que Leon llegó al lugar del suplicio, empezó á exhortar á sus hijos, infundiéndoles valor. Presentóse entonces el hijo del emperador diciendo que queria probar sus armas con los cuerpos de los mártires. Al fin fueron ajusticiados; y uno de ellos lo

fué de un modo extraordinario, que atado á uno de los patíbulos, le cortaron el hombro izquierdo con el mismo golpe con que le derribaron la cabeza.

3. No hago mencion de muchos otros martirios semejantes por no fatigar al lector, aunque no puedo pasar en silencio algunos que tienen alguna circunstancia especial. Entre estos hay el martirio de Jacobo Coici y de Cayo Coroyano, quemados por la fé. En 1625 reinando el mismo emparador Xogun en Nangasaqui, fué puesto en prision el citado Jacobo por haber hospedado á un misionero. Habiendo sabido Cayo que Jacobo habia sido preso, fué á consolarlo; y habiéndosele prohibido el paso, atropelló por todo hasta que consiguió entrar, y á consecuencia de su imprudente violencia quedó allí mismo detenido. El gobernador le hizo maltratar de tal modo, que casi quedó con el rostro desfigurado por los golpes recibidos, hasta que le dijo que no podia librarle del castigo á que se habia hecho acreedor, si no prometia dejar de enseñar la doctrina cristiana, como lo habia hecho hasta entonces. Cayo le contestó que no podia complacerlo, porque se habia consagrado á la instruccion del prójimo. El gobernador quiso tener con él cierta condescendencia, y le puso en libertad: Cayo le dijo al salir: — No creais que deje de volver, porque vendré á asistir á los presos, cualquiera que sea el riesgo á que me esponga. — Entonces el gobernador mudó de parecer, y mandó que quedase en la prision, en donde le cargaron de cadenas. El gobernador volvió luego, y le prometió su proteccion si le daba palabra de no seguir instruyendo á los cristianos, y Cayo volvió á contestar que no podia privarse de aquella obra de caridad. El gobernador enojado entonces

le amenazó con que le haria quemar vivo, y efectivamente á poco tiempo le condenó á las llamas con su amigo Jacobo. Los dos amigos caminaron llenos de gozo al suplicio, cantando la letanía. Así que llegaron, Cayo se salió de entre los guardias para correr á abrazar su patíbulo, y lo mismo hizo Jacobo. Los ataron en seguida y se prendió fuego á la leña. Cayo, puesto de rodillas en medio de las llamas, daba gracias á Dios en alta voz por haberle considerado digno de aquella muerte que tanto habia deseado, y espiró. Jacobo quiso levantarse para dirigir la palabra á los circunstantes, pero faltáronle las fuerzas y quedó sepultado en las llamas, desde donde se le oyó invocar los sagrados nombres de Jesus y de María, hasta que rindió su alma á Dios.

Antes de proseguir conviene decir como sucedió la conversion de Cayo. Era idólatra, pero sentia siempre tan vivo deseo de salvarse, que se retiró á un bosque para pensar allí en los medios de su salvacion. Hallábase entonces en el país que se llama Corey. Conquistado este por los Japoneses, quedó Cayo hecho esclavo, y conducido al Japon empezó á ocuparse en elegir alguna de las sectas que profesan los bonzos para asegurar su salvacion, á cuyo fin habiendo abrazado una de aquellas se retiró á uno de los templos numerosos de Meaco. Vivía allí Cayo, pero estaba lejos de encontrar la paz interior que buscaba. Una noche estando acostado le pareció que el templo iba á arder, y á pocos instantes le apareció un niño de rara belleza que le decia, que pronto hallaria lo que tanto deseaba. Cayo se separó de los bonzos con ánimo de volverse á su casa. Apenas habia salido del templo, cuando encontró un cristiano á quien descubrió sus ansias por encontrar la salud que

deseaba, y el cristiano esmerándose en su consuelo, le demostró la verdad de los misterios de nuestra santa fé. Quedó encantado Cayo de la sublimidad de nuestra religion, hizose instruir mejor por los PP. misioneros, y se consagró desde aquel punto al servicio de Dios, y á la instruccion de los idólatras. Ultimamente fué martirizado, como se ha visto, y encontró el eterno descanso, objeto de su constante solicitud.

4. Espidióse un edicto en Funay, capital del reino de Bungo, para que todos los cristianos abandonasen la fé. Hubo un cierto caballero llamado Organtino, que se resistió á obedecer. Tenia este por muger á una discreta dama llamada Lucia, muy santa cristiana. No habiendo podido conseguir el Tono que prevaricasen, los condenó á entrambos á ser quemados. Llegado el dia de la ejecucion fueron conducidos á la playa que era el lugar destinado para su suplicio. Al divisar Organtino el palo en que debía sufrir su martirio, se apeó al momento, y postrado de rodillas lo abrazó con humildad, y lo mismo hizo su esposa. Entonces uno de los oficiales le habló así: — Y bien, miserable viejo, ¿qué te parece del banquete que te está preparado? ¿qué dices de este patíbulo en donde has de ser quemado? — Organtino abrazando el palo le contestó: — He ahí la escalera por donde voy á subir al cielo: no tengan cuidado que la abandone por crudos que sean los dolores que me aguardan. — Despidióse en seguida de los amigos que le habian acompañado, y los verdugos le ataron con su muger á un mismo palo, y metieron fuego en la leña. El viento conducia las llamas hácia Lucia, por lo que muy pronto entregó su espíritu á Dios, siendo de edad de sesenta y siete años. Organtino se mantuvo siempre

de pié enmedio de las llamas, sin dar muestras de dolor mientras conservó la vida.

5. Una dama llamada Mónica, de edad de treinta y siete años, que habia sido repudiada por su esposo, por ser cristiana, se marchó á casa de sus padres que vivian en Cubata; pero encontró allí á un hermano suyo todavía mas cruel que su marido, el cual quizo casarla con otro pagano, con el fin de pervertirla. Mónica espuso á su hermano que habia hecho voto de castidad y por consiguiente que no podia casarse. Enfurecido el hermano la destinó á servir en la cocina como una esclava. La muger del gobernador informada de esto, la mandó llamar, y puso en práctica cuanto pudo para hacerla prevaricar; y Mónica para quitarle toda esperanza de que pudiera casarse algun dia, se cortó el cabello. Los parientes al saber esto, dieron parte de todo al gobernador, y este les facultó para que hiciesen de su parienta todo cuanto quisiesen. Aquellos entonces la estendieron sobre una estera, y le intimaron que al punto cambiase de religion ó que iban á dar fin con su vida. Mónica constante en su fé se puso de rodillas y les presentó la cabeza, que le fué bárbaramente cortada por uno de sus mismos parientes.

6. En 1625 fueron condenados al fuego en el mismo Cubata treinta y dos cristianos, que se entregaron al mas grande regocijo el dia en que se les intimó la sentencia de muerte. Los condenados eran veinte y tres hombres y nueve mugeres, todos pertenecientes á la primera nobleza. Fueron conducidos al suplicio atados todos, á escepcion de las mugeres, y de un niño llamado Tomás. Caminaban los mártires con alegre y modesto semblante, y el niño iba delante con un libro de las letanias en la mano:

era este Tomás muy amable y de bello rostro, marchando con tanta alegría que enternecía á cuantos le miraban. Cantaba el niño la letanía solo y contestaban todos los demas. El camino fué de dos leguas. Así que llegaron al lugar del suplicio, cada uno fué atado á su palo, y en seguida se prendió fuego á la hoguera, en donde murieron todos con los ojos levantados al cielo y pidiendo á Dios misericordia. Muchos testigos oculares depusieron despues, que durante la noche se vió una luz celestial sobre los cuerpos de los mártires, y que los habitantes de Mina, inmediato á aquel lugar, subian á lo alto de sus casas para contemplar el prodigio, habiendo sido observado durante la tercera noche, por mas de trescientas personas.

7. Una dama cristiana llamada Susana, natural de Facata, fué citada por la autoridad juntamente con su esposo, por ser cristiana. Tomó Susana en sus brazos una niña que tenia tres años, y exigió que fuese tambien continuada aquella criatura en la lista de los cristianos. Viendo que la conducian con otras tres mugeres y algunos hombres, tomó la mano de su esposo y llena de santo entusiasmo, le habló así: — Á lo que veo nos quieren dar tormento: yo me presentaré la primera, y con la ayuda de Dios confio mantenerme fiel. Lo mismo me prometo de tí: acuérdate que esta vida es breve, y que la eternidad no tiene fin. — El primer anhelo de los jueces fué procurar la prevaricacion de Susana con muchas amenazas, y luego le hicieron padecer el tormento de la vergüenza haciéndola desnudar. Mientras sufría tal confusion y afrenta, uno de los jueces que reparó en la niña que tenia en brazos una de las criadas de Susana, preguntó de quien era, y la

criada por salvarla, contestó que era suya; pero Susana exclamó al momento: Nó, es hija mia; examinad la lista en donde he hecho escribir su nombre. — Enfurecidos los jueces mandaron desnudar tambien á la niña y la hicieron atar á los pies de Susana. Hacia un frio estremado y la criatura lloraba sin cesar: la madre ofrecia á Dios aquella pena, sufriendo este tormento por espacio de ocho horas. Despues de esto se le puso un collar de hierro al cuello, y atada con una cuerda fué destinada al servicio de cocina por espacio de seis meses en calidad de esclava. Ultimamente fué condenada á muerte. Por el camino le quitaron la niña, cuyo castigo fué el mayor de cuantos le habian hecho sufrir, y llegada al lugar del suplicio, le cortaron la cabeza.

8. Hubo otra heroina por la fé, llamada Mónica, la cual fué igualmente mandada desnudar delante del gobernador y de los asistentes á su tribunal. Pero aquí concurría otra circunstancia mucho mas terrible que en el caso anterior. Su esposo se hallaba presente, y el bárbaro gobernador dispuso ademas que fuese abandonada á la brutal lubricidad de unos jóvenes disolutos. Aterrado el marido al oír tan inicua sentencia, dirigiéndose, fuera de sí, al gobernador, le dijo: — Malvado, salva el honor de mi esposa, y haré cuanto me ordenen los jueces. — Por donde fué considerado como apóstata. Pero Mónica permaneció firme en la fé; y condenada por el tirano á que tomase en la mano unos carbones encendidos, para que probase el tormento á que la destinaba, Mónica estendió la mano llena de pavesas, y el juez desenvainó la espada para cortársela; mas ella la mantuvo quieta, sin hacer caso de su ademán. Vuelto á su casa el marido, que se llamaba Juan,

se sintió tan atormentado en su conciencia por el yerro cometido, que se presentó de nuevo al tirano para retractarse de su apostasía. Recibiólo el gobernador con mucha cortesía, elogiando su prevaricación, pero cortando Juan su discurso, le dijo: — Vengo á protestaros que hice una promesa contra mi conciencia. No he renunciado jamás á la religion cristiana con el corazon, por lo que vengo á declararos que soy cristiano, y os ruego lo digais así á los jueces. — El gobernador conferenciando acerca del caso con estos, lo mandó á la cárcel, á donde corrió Mónica al momento, para manifestarle su gozo por su arrepentimiento.

Un caballero rico y jóven llamado Pablo, íntimo amigo de Juan, luego que supo la prision de este, ocasionada por haber albergado á un misionero, se presentó á los jueces, y les hizo saber que quien habia tenido en su casa á aquel sacerdote era él y no Juan. Realmente el misionero habia pasado de la casa de aquel, despues de haber permanecido en ella muchos dias, á la de este. Juan por su parte sostenia que el castigo le tocaba á él y no á Pablo, alegando que el misionero habia sido hallado en su casa y que por lo mismo á nadie mas que á él tocaba el castigo. Los jueces los trataron como á locos viendo que tan obstinadamente altercaban por morir, y por último vinieron en condenar á Juan, disponiendo que Pablo quedase preso.

Al fin se intimó á Juan y á su esposa Mónica que debian ir junto con otros cristianos igualmente condenados á sufrir la pena á la ciudad de Nangasaqui. La santa comitiva salió pues para el suplicio, yendo todos montados, á escepcion del pequeño Luis, hijo de Mónica, que lo llevaba en brazos un soldado. Así que lle-

garon al lugar de la ejecucion, los hombres, que eran los que debian ser quemados, fueron atados á sus palos, y sus mugeres permanecian arrodilladas en oracion. El niño, luego que se vió en el suelo á donde le dejó el soldado que le llevaba, corrió á abrazar á su madre; pero Mónica le hizo retirar por no distraerse de su oracion, por lo cual se volvió á encontrar á su soldado que lo volvió á coger en brazos. Temiendo Juan no se hubiese asustado el inocente Luis, le dijo: — Hijo mio, ten valor y no temas, que pronto iremos juntos al cielo. — En seguida fueron decapitadas las mugeres y con ellas el tierno Luis, y se puso fuego inmediatamente á la leña. Cierto jóven llamado Tanaca, corrió medio quemado á besar la mano á Juan, y se volvió á su palo, en donde espiró. Ultimamente, consumidos todos por las voraces llamas pasaron á recibir la corona del martirio en el cielo.

10. En 1627 fué cuando se encarnizó la persecucion, y se inventaron nuevos tormentos, á cual mas crueles, para martirizar á los cristianos. La causa de esta disposicion fué la siguiente. Bucondono, señor de Facacu en el reino de Arima, acusado de gobernar mal sus estados, el emperador Xogun quiso privarlo de sus bienes y hasta de la vida, porque se encontraron ademas algunos misioneros en sus tierras; así que solo pudo evitar el castigo que le amenazaba, prometiendo esterminarlos á todos. Inmediatamente mandó formar una lista de todos los cristianos sin esceptuar, no solo muger alguna, pero ni siquiera un solo niño. En seguida mandó construir un instrumento de hierro que figuraba, en caracteres del pais, el nombre *Quirixitan*, que quiere decir cristiano, para sellar con él, hecho ascua, la frente y

los carrillos de los mártires. Hubo algunos que por no sufrir este tormento prevaricaron, mas otros lo sufrieron con constancia. Entre estos hubo dos jóvenes, pages de Bucondono, llamados Juan y Miguel. El gobernador no sabiendo ya que medio emplear para hacerles prevaricar, los amenazó con que les haria arrancar los dedos de las manos, y los jóvenes presentaron sus manos para que se cumpliese su sentencia. El gobernador quiso templar su ira por entonces y los despidió de su casa. Miguel entonces fué á esconderse en un bosque, y cuando aquel los mandó comparecer de nuevo, solo encontró á Juan, al cual mandó quemar la cara con una tea encendida por haberle hallado firme en la fé, de donde resultó que quedó de todo punto desfigurado. Hízole en seguida atar una soga al cuello y le dejó prendido á una viga, de modo, que solo tocaba al suelo con la punta de los pies. Atáronsele despues los pies y las manos á la espalda y se le hacia dar vuelta de aquel modo, cuyo atroz tormento habria puesto fin á su vida muy en breve si el gobernador, que le reservaba á nuevos martirios, no le hubiese mandado desatar. Si no murió entonces vivió sufriendo acerbísimos dolores hasta la muerte, pues todas sus llagas estuvieron siempre en estado de putrefaccion y cangrena. Sin embargo se mantuvo siempre alegre, animando á los demás á sufrir por Jesucristo. Finalmente el 5 de mayo de 1627 cumplió su sacrificio, siendo de edad de treinta y siete años. El tirano le habia reservado una muerte atroz, porque le hizo crucificar con la cabeza abajo. Murió cuatro dias despues de haber sido martirizados los diez y seis siervos de Dios en el agua hirviente del monte Ungen, de quienes hablaremos luego.

11. Ochenta cristianos de Ximabara, al ver el encarnizamiento con que eran perseguidos, se animaron mutuamente á morir por la fé. Advertido de esto el Tono, los mandó encerrar en una fortaleza, dando orden al gobernador de apremiarlos á que renegasen. No habiendo podido conseguir nada aquella autoridad, los hizo pasar uno á uno por una puerta, al otro lado de la cual los recibian los verdugos y los azotaban tan reciamente, que muchos murieron en el tormento y los mas quedaron agonizando.

Bucondono hizo conducir, despues de esto, á los principales ciudadanos de Quienzoú á la ciudad de Ximabara. Dos de ellos llamados Joaquin y Gaspar, fueron llevados con sus mugeres. El Tono los hizo atar á un palo y les mandó sellar el nombre de cristianos en el rostro con el instrumento de hierro, de que hemos hablado, vuelto ascua, y en seguida los restituyó á la cárcel. Desde allí los mandó volver á Quienzoú con otro jóven llamado Luis, el cual se echó á los pies de los mártires y se los besó con ternura. Irritados de esto los verdugos le ataron y le dieron tantos palos, que empezó á brotarle sangre de la boca, narices y ojos, y despues le hicieron sufrir cruel muerte como veremos mas adelante (véase nº 17). Los mártires fueron llevados de provincia en provincia para infundir terror á los cristianos, y cada dia se hacian con ellos mil crueldades : á uno le cortaban un dedo, á otro le quemaban por diferentes partes con teas encendidas, á muchos les cortaron las piernas, ó les rebentaron la cabeza entre dos maderos. A un jóven llamado Juan se le cortaron los dedos con unas grandes tijeras enrojecidas al fuego. Estendió el mártir la mano para sufrir el tormento,